

Ciudadanismo

GOLPES DE ESTADO DE BAJA INTENSIDAD

Pujol se ha estirado diciendo que el Estatuto de Cataluña no acabará bien en el Constitucional. Mas pronostica una confrontación de las dos Españas. Montilla aburre con el estribillo de que "no aman Cataluña", aludiendo a la derecha extrema y amenaza con derrocar al gobierno Zapatero si las cosas se tuercen para el Estatuto en el Constitucional. Más aún, que la única salida ante cualquier tipo de revisión sería la soberanía. ¡Cuánta miseria y cuánto desprecio impune al constituyente español, incluso por sus supuestos representantes. ¿Tanto ama Montilla el poder y su partido el chollo clientelar que necesitan aniquilar o demonizar a la oposición constitucional y al resto de españoles que, como constituyentes, tienen derecho a pensar de un modo diferente? ¿No tiene otra salida a la prevaricación que el engaño y la extorsión?

Continúa revelándose hasta qué punto es instrumental y de boquilla la democracia y la lucha por los obreros y los humildes de este socialismo que ha perdido la vergüenza. Montilla no puede soportar otro fracaso como el de la Opa hostil –una auténtica "estafa"- a Endesa en su necesidad de hacerse perdonar la vida por oportunista y por imitar a la clase más reaccionaria de Cataluña con la identificación nacionalista del neoconverso. Y sobre todo, de compensar a la Caixa los mil millones condonados por el morro (Medio Estatuto, decían, sin rubor. El Estatuto entero, claro, es más "pasta gansa" para los "socialistas" y las

tribus afines) y tantos otros atropellos más a la dignidad nacional, como se han ido regando, sobrenadando de sus pozos negros. Se ataca miserablemente al Defensor del Pueblo por ejercitar, en nombre de los ciudadanos y amparado por la Constitución, un recurso contra el Estatuto de Cataluña, ante el Tribunal Constitucional. ICV llama a una "movilización unitaria" frente a lo que dice ofensiva del PP contra un Estatuto convertido en dios intocable. Se acude sin rubor al pacto del Tinell, tribalismo impresentable para ciudadanos responsables. Se manejan las promesas electorales y las leyes según antojo. Se dice una cosa y se hace otra, según incluso, aquel viejo principio, "hagan ustedes las leyes que yo haré los reglamentos". Se desangra la democracia entre las administraciones y en los despachos. Al final, se acaba sometiendo a la ciudadanía bajo la bota del poder de lo que convenga a quienes se sienten ungidos por él y lo detentan teocráticamente olvidando su provisionalidad otorgada por los ciudadanos. El PNV pierde los papeles ante los mecanismos del estado de derecho con presiones e insultos al Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, coronando una trayectoria de imposición y de nueces recogidas con sus manos turbias y sus ojos mirando a otro lado, en una sociedad enferma. Proliferan estatutitos a la mayor honra y gloria de los políticos que los han promovido, porque, como todos los papás paternalistas, "lo hacen por nuestro bien". Y nosotros, sin enterarnos.

Estamos tragando impune y sin gallardía estos atropellos.

La impunidad jurídica y política con que se siguen estos acontecimientos nos revela lo borde y lo poco elaborado de la democracia en que vivimos y lo alejado que está el ciudadano del ejercicio de su poder. Éstas y tantas otras tropelías llevarían ante los tribunales a cualquier delincuente revestido de representación ciudadana y, en su caso, precipitarían al protagonista y a su partido a las tinieblas exteriores de la representación democrática. Alguien que miente, que extorsiona, que niega a los demás el libre ejercicio de sus derechos constitucionales debe temer, de antemano, el desprecio de sus conciudadanos. Por menos, un motín que pudo hacer tambalear al mismo Carlos III, expulsó a Esquilache. El atropello no puede justificarse porque ya no sea el pan lo que nos haga alzarlos contra la inconsciencia de los que mandan y de su lejanía de la gente.

Qué grave dejación de nuestra condición de constituyentes en cuanto ciudadanos, al contemplar, con impotencia y sin recursos para evitarlo, tanto golpe de estado de baja intensidad. Es más cómodo y menos exigente mirar hacia otro lado. Creer que nada de eso existe, que nada de eso es verdad. ¿Nos habremos acostumbrado a la esclavitud consuetudinaria porque el ejercicio de nuestro poder nos obligue a particulares esfuerzos de denuncia, incluso al heroísmo ante la urgencia de una intervención exigente

contra esta bárbara y cruel frivolidad, soportada por tanto tiempo? Hay que esperar, se nos continúa diciendo. ZP sabe lo que se hace (sus profesores no). Vendrán otros tiempos. Por lo menos, aquí no nos atacan ni nos matan. Total, puedes hablar de lo tuyo en la intimidad, en tu lengua, de tus emociones y sentimientos, de tus ideas, cultivar incluso tu metafísica en un lugar cerrado y, si acaso, tendrías que tener la precaución de mirar debajo del coche para evitar la explosión de una bomba lapa. Hace mucho ruido y puedes molestar a los pacíficos vecinos que comulgan con el poder de los matones. Son sus matones. Sus chicos de la gasolina. Que te tengan señalado a ti no tiene por qué incomodar a los demás. ¡Cuánta miseria moral! Hay que aprender a vivir ahorrados en las tinieblas de una esperanza democrática machacada, mientras los criminales y cómplices hipócritas, pancarteros de un día por la "paz" suya, héroes de salón y promotores de un diálogo incansable, pasean soberbios su prepotencia y sus mentiras, dispuestos a hacer de sordina y a recubrir de aceite el exterminio, sobrevolado por la paloma de la paz.

Se impone una nueva cultura surgida de la dignidad que hizo posible un comprometido pacto de futuro. Nada importa más que parar el deterioro de la verdad, la lealtad y la transparencia en quienes nos representan. Nunca más los hechos consumados como estrategia política. Nunca más avergonzar, humillar,

machacar, desprestigiar, difamar, calumniar, ignorar, invisibilizar o anular al discrepante. Nunca más votar con el corazón después de secuestrar el corazón de los demás. Nunca más vivir del trabajo y la sangre de los demás y negarles su poder de recrear cultura y de ser ellos mismos. Nunca más la arbitrariedad de quienes se han hecho con el poder como propio. Nunca más imponer a los demás los propios proyectos. Más

allá y más acá de cualquier decisión política u opción cultural, social o religiosa, está el reconocimiento de la condición de ciudadanos en aquellos con quienes hemos decidido convivir. Nunca más golpes de estado de baja intensidad. Un respeto. Con una sonrisa como certeza y convicción, debemos asumir el reto de la dignidad de ser ciudadanos hoy con todas las consecuencias. ■

José Segura

LAS NOTICIAS QUE NOS AFECTAN

TEMEN POR EL ESTATUTO

Los promotores del Estatuto de Cataluña, es decir los políticos que tanto se preocuparon de sacarlo adelante como fuese, resulta que están nerviosos ante lo que pueda pasar con su Constitución Nacionalista. Confiaban en no tener que preocuparse del Tribunal Constitucional. Pero ahora, como les han recusado uno de los suyos (si antes no era seguro, ahora sí que lo es: ellos mismos han dado todas las garantías de parcialidad del magistrado Pablo Pérez Trepms), y como han de maniobrar para sacarse esa espina, ya no las tienen todas consigo.

¿Y qué hacen? Pues amenazan a diestro y siniestro, dando ejemplo en cabeza el mismo Presidente del Gobierno autonómico: sí, sí, es el Presidente, el señor Montilla, el que afirma secundando a Carod Rovira que si el Constitucional les tuerce su Estatuto, pues que se echan al monte: de cabeza a la independencia (ahora la llaman Soberanía). Si no les aceptan y les consienten la soberanía camuflada que se han apañado, pues se quitan la careta y van hacia la misma soberanía a cara descubierta. En fin, que andan nerviosos y revueltos.

La Ejecutiva del partido mayoritario que gobierna la Generalidad, manifesté su temor de que una mayoría conservadora de magistrados les torciese la línea de “progreso” con que han marcado el Estatuto y de paso la Constitución. No quieren que cunda el pánico, y recomiendan serenidad y prudencia, que aún no se ha perdido nada, dicen. Y confían, por supuesto, en que el PSOE les echará una mano en la consolidación del Estatuto que pactó Zapatero con Mas.

Llevan la idea de lanzar una ofensiva jurídica, ideológica y política en defensa de su Estatuto. No saben muy bien por dónde iniciar la ofensiva jurídica, pero apuntan nada menos que a la reforma de la Ley Orgánica del T. Constitucional por ver si por ese camino consiguen los votos favorables que necesitan. Una de sus bazas es también conseguir como sea que dimita el magistrado Pérez Trepms.

Lo que no tienen tan claro es la calle. De momento no cuentan con convocar a los catalanes para que se manifiesten a favor del Estatuto tal como está. Su mayor temor, su pánico más bien, es que se convocase en otro momento una manifestación de sentido contrario y tuviera mayor poder de convocatoria. Por eso este cartucho lo reservan de momento. ■

LA PALABRA

CONSENTIR

Quizá sean las **sentinas**, que corresponden al campo léxico de *sentire*, el más sólido argumento en el latín clásico para sostener que el primer significado de **sentir** es oler. Que en el latín vulgar era así, nos lo demuestra la persistencia de algunas lenguas románicas en esa línea significativa. De ahí pasó a indicar la actividad del sentido del oído, y luego pasó por fin a ser el denominador común de todos los sentidos. Difícilmente hubiese llegado a esta categoría sólo a partir del oído: para alcanzar el significado que ahora tiene, tuvo que nacer en el olfato. Pero una vez alcanzado para el verbo **sentir** un significado tan amplio que abarca no sólo los sentidos corporales, sino también los espirituales, y con ellos los **sentimientos**, no es relevante ya cuál es su más remoto origen.

Si en el sentir físico nos movemos entre sutilezas, éstas son más pronunciadas cuando nos pasamos al sentir anímico, y no digamos cuando es el compartido. No basta con que le pongamos el prefijo **con** al verbo **sentir** para dejar sentado un significado estable; **consentir, consentido, consenso, consentimiento** son léxicamente lo mismo, y sin embargo abarcan una amplia gama de valores. En rigor **consentir** es sentir en común, compartir el **sentido** que les damos a las cosas y a la vida. El sustantivo correspondiente es **consenso**, formado a partir del participio irregular de sentir, que es **senso** (arcaizante). En este caso sí que hablamos de **sentires** y de voluntades comunes. Y puesto que se da un viraje importante en el sentido de ese nuevo sustantivo respecto del verbo del que procede, se acaba creando un nuevo verbo, **consensuar**, de entrada muy tardía en el lenguaje hablado y escrito. ¿Y cómo se decía antes lo mismo? Pues no se decía exactamente lo mismo, porque el que **consensúa** en muchas cosas ejerce de **consentido**. Es la novedad del **consenso**.

En efecto, cuando nos pasamos al participio regular, **consentido**, el significado cambia profundamente, alejándose a gran distancia de sentires y sentimientos compartidos. Así cuando hablamos del marido **consentido**, nos referimos más bien al marido sin sentimientos, que si **consensúa** algo con alguien es con el que le pone los cuernos. Y si es el niño **consentido**, mal andamos también de sentido y de sentimientos. Estamos ahí en los dominios del **consentir**, es decir del soportar cosas que sabemos que están mal, pero que nos cargamos de paciencia y nos aguantamos.

Hemos dado el salto a una extraña virtud política (de origen religioso, conviene recordarlo), la **tolerancia**: se trata de aguantarse a pesar de saber que algo está mal y es inadmisibles. Es decir que hemos convertido el vicio en virtud. Y ahí es donde estamos. Ni el marido **consentido**, ni el niño **consentido**, ni el pueblo **consentido** son deseables. Se trata de graves errores de convivencia. En lo esencial hay que poner los puntos sobre las íes y ser intransigentes. Si en un matrimonio se **consienten** los malos tratos no se está aportando nada bueno para la convivencia; si una democracia **consiente** que se formen en su seno dos categorías de ciudadanos y que los de una categoría puedan darles a los de la otra todos los malos tratos tanto psíquicos como físicos, hasta llegar a la muerte, es que esa tal democracia ha abjurado de sí misma. ■

de elalmanaque.com